

# EL CLIMA Y LA RAZA COMO PARTE DE LA HISTORIA DE MÉXICO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

*Enrique DELGADO LÓPEZ\**

## *Abstract*

Based on the *Political Essay on the Kingdom of New Spain* written by Alexander Von Humboldt, this article analyzes the repercussions of this book in Mexican society throughout the nineteenth century. It strives to make an analysis of the works of Tadeo Ortiz de Ayala, Lucas Alamán and José María Luis Mora, showing their points of view about the relationship between the environment and the attributes of the Mexican population. As it is well known, the *Political Essay* resulted in the creation of a landscape that borders on myth when it considers that Mexico had an unrivaled wealth of natural resources. In the face of this fact, different Mexican authors like Tadeo Ortiz Ayala, a zealous follower of Humboldt, praised his book in different terms; others like Lucas Alamán and José María Luis Mora hesitated not only of the natural wealth of the country but also called into question the intellectual qualities of Mexicans derived from the geographical conditions of the national territory.

Key words: *Indian, Weather, Race, Mexico, XIX Century.*

## *Resumen*

Teniendo como base el *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España* de Alexander Von Humboldt, el presente trabajo busca analizar las repercusiones de esa obra en la sociedad mexicana a lo largo del siglo XIX. Busca acercarse al análisis de las obras de Tadeo Ortiz de Ayala, Lucas Alamán y José María Luis Mora exponiendo sus puntos de vista acerca de la relación entre el medio físico y las cualidades de la población mexicana. Como se

\* Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México, correo electrónico: [enrique.delgado@uaslp.mx](mailto:enrique.delgado@uaslp.mx)

sabe, *El Ensayo Político* derivó en la creación de un panorama que raya en el mito, al considerar que México tenía una inigualable riqueza de recursos naturales. Ante ello, distintos autores mexicanos como Tadeo Ortiz de Ayala, un ferviente seguidor de Humboldt, ensalzaron la obra en diversos términos y otros, como Lucas Alamán y José María Luis Mora, dudaron no solo de la riqueza física y natural del país, sino que pusieron en entredicho las cualidades intelectuales del mexicano derivadas de las propias condiciones físicas de la patria.

Palabras clave: *indio, clima, raza, México, siglo XIX.*

### *Introducción*

Después de la guerra de independencia (1810-1821) las perspectivas económicas para el futuro del país se marcaron de acuerdo con la obra de Alejandro de Humboldt editada en 1811 y conocida como *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*. La obra dio pauta, entre otras cosas, a que los pensadores mexicanos del siglo XIX pretendieran instaurar un estado nacional contemplado proyectos para el aprovechamiento óptimo de las riquezas naturales de la joven nación. De esta forma la riqueza natural del país pasó a un primer orden con un ciego optimismo, capaz de solucionar todo tipo de males, pero esos proyectos de desarrollo también vislumbraban a los grupos de población con los que contaba el país para explotar mejor esa riqueza, siendo éste un punto de debate que no concluyó sino hasta la Revolución mexicana de 1910.

En ese tenor, se pretende estudiar la relación entre el clima, como uno de los factores físicos más importantes y sus repercusiones en el desenvolvimiento de la población, en específico cómo la población fue concebida como la variable más importante para vencer al clima y encauzar a la nación en la deseada modernidad, a la par de las potencias europeas. Se parte de las ideas sobre la relación entre medio y sociedad, para continuar brevemente con los debates de la ilustración sobre el clima y la naturaleza americana. Luego se realiza un acercamiento a la obra de tres autores (Tadeo Ortiz de Ayala, José María Luis Mora y Lucas Alamán) que tocaron el tema en un afán por presentar proyectos para encauzar a México en la senda de la civilización tal como acontecía en las naciones del norte de Europa.

Si bien estos autores no hablaron profundamente de la riqueza natural del país, si tocaron aspectos relevantes sobre una variable siempre considerada para el progreso: la población. En tanto que tiene una consecuencia sobre el óptimo aprovechamiento del patrimonio natural, pues en la época

está vigente la idea de una raza, digamos óptima, que aprovechara lo que la naturaleza mexicana ofrece para lograr el tan ansiado progreso.

*Una mención necesaria: el debate de la naturaleza americana en el pensamiento ilustrado*

Los intelectuales del siglo XVIII reconocieron el dominio del hombre sobre el orden natural, el cual pertenece en sentido estricto a él; tiene su lugar en la gran cadena de los seres vivos y con su inteligencia y libre albedrío escapa a ese orden, pero no puede evitar estar sometido a sus leyes. La economía humana tenía la posibilidad de desarrollarse, pero también debía permanecer sintonizada con esa economía natural. En otras palabras, la naturaleza pasa a ser digna de atención del hombre, justamente porque le es útil.

Los fisiócratas sostenían esa visión al considerar que la fuente de todas las riquezas del Estado y de los ciudadanos era la agricultura. Concibieron a la economía humana dentro de la natural, por lo que el hombre debería respetar ciclos y equilibrios si deseaba continuar aprovechando lo que la naturaleza le brindaba y presentó un cierto carácter idílico, así como teológico, que influenció el estudio de la historia natural. Las primeras manifestaciones de protección al medio ambiente nacieron del encuentro de la fisiocracia, el saber natural, la teología y el romanticismo.

A decir de Clarence Glacken<sup>1</sup> el siglo XVIII es culminante porque los pensadores trataron las cuestiones de cultura y medio con mayor meticulosidad. Aquellos hombres adquirirían una comprensión de la sociedad humana mejor que la que habían tenido los del pasado. Se apartaron de las ideas religiosas y ya no podían satisfacer el ansia de mayor conocimiento acerca de los vínculos sociales, la tradición, el carácter nacional, las influencias medioambientales que afectan a la vida de los individuos y las naciones. Es en este contexto y con estos argumentos, que surge toda una serie de autores que claman por la bondades y diferencias de un medio ambiente, en respuesta a lo defendido por los europeos, aunque, desde luego, cada uno con sus propios matices.

En el siglo de las luces, la otrora zona tórrida sufre una radical transformación: de ente inhabitable se convierte en habitable con condiciones propicias para el desarrollo de la vida y la cultura, y es ahora la sede de climas

<sup>1</sup> Glacken, Clarence J., *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la antigüedad hasta finales del siglo XVIII*, p. 463, Ediciones El Serbal, Barcelona, 730 pp., 1996.

halagüeños para el cultivo de granos. Es por ello que para el fraile franciscano Agustín de Betancourt fuera una calumnia la idea de la que los antiguos calificaran a la tórrida como una región desierta, infatigable y enemiga de la vida humana.

La tesis de la “debilidad” o “inmadurez” del continente americano<sup>2</sup> conllevó, de acuerdo con Antonello Gerbi a una regla acerca de la flaqueza del indio, misma que se extendió como contagio paralizante a todo el continente. En tal sentido, predominaron los juicios de valor y se sumó una singular calificación, pues el lampiño era inferior al barbado y, en el aspecto físico, el pantano peor que el desierto. La ausencia de fieras o de profundas estratificaciones geológicas era, simplemente, impotencia telúrica. Cuando el mismo Gerbi trata el asunto de los criollos resalta una diferencia sustancial basada en la “rígida fatalidad de los choques de razas” pues “españoles y criollos eran igualmente blancos de sangre pura, de incontaminada ascendencia peninsular”. La distinción entonces, de acuerdo con el autor, no fue étnica, ni económica, ni social, sino meramente geográfica.

El nacido en las Indias fue opuesto y subordinado a unos compatriotas con quienes tenían en común el color de la piel, la religión, la historia, la lengua, todo, excepto la tierra, el ambiente y, en razón a ello, se creó la diferencia. De esta manera el lugar que los engendró fue su condena; en otras palabras, el medio fue más fuerte que la raza; la geografía más que la historia. Pero el tema también es político, pues a razón de F. X. Guerra, citado por Evelyne Sánchez-Guillermo<sup>3</sup> al principio de las guerras de independencia se formó la identidad americana en las élites criollas para quienes los grupos indígenas representaron un peligro al sentirse asediados por una población numerosa y capaz de sublevarse en contra del poder formado por ellos mismos.

La degeneración de América fue combatida por diversos autores criollos a lo largo del continente. El jesuita Francisco Javier Clavijero fue el caso más célebre en el pensamiento novohispano. En sus interesantes *Disertaciones* pugnó la postura de naturalistas como De Pauw, quien trató de persuadir al mundo de que

<sup>2</sup> Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, p. 7, Fondo de Cultura Económica, México, 884 pp., 1993.

<sup>3</sup> Sánchez-Guillermo, Evelyne, “Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [en línea], *Debates*, puesto en línea el 30 enero 2007, consultado el 14 febrero 2013, <URL: <http://nuevomundo.revues.org/3528>; DOI: 10.4000/nuevomundo.3528>.

En América la naturaleza ha degenerado enteramente en los elementos, las plantas, los animales y los hombres. Todos los propios de América son más pequeños, más deformes y más débiles, más cobardes y más estúpidos que los del Antiguo Mundo, y los que se trasladaron a ella de otra parte, inmediatamente degeneraron, así como todas las plantas de Europa trasplantadas.<sup>4</sup>

Clavijero cuenta como trató y vivió con los americanos; como observó atentamente su carácter, genio, inclinaciones y modo de pensar e incluso estudió su historia antigua y con esas observaciones concluyó que los americanos en nada son inferiores a los europeos.

Al ser capaces de todas las ciencias, aún las más abstractas y que si seriamente se cuidara su educación, si desde niños se criasen en seminarios bajo buenos maestros y si se protegieran y alentaran, pudieran competir con los más famosos de Europa, pero es muy difícil hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades.<sup>5</sup>

En este contexto, Alejandro de Humboldt visitó la Nueva España en 1803-1804 y como resultado de ella se editó el *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*,<sup>6</sup> impreso en plena gesta independentista. A partir de esta edición, cambió la forma de apreciar el espacio mexicano tanto por nacionales como por extranjeros, quienes con el estudio en mano envidiaron las riquezas descritas en el trabajo del prusiano. Por más de cien años el *Ensayo* fue el punto de partida, casi con carácter obligado, para estudios, valoraciones histórico-geográficas y políticas de fomento por parte de organismos gubernamentales. Pero la obra expuso una exagerada riqueza que rara vez fue discutida con argumentos concretos y precisos y propició el descuido de los estudios geográficos pertinentes para conocer y cuantificar cabalmente la riqueza natural de México.

Una vez pacificado el nuevo, inmenso pero desorganizado país, sus perspectivas se marcaron de acuerdo con la propuesta del *Ensayo político*. Los pensadores mexicanos del siglo XIX lucharon por instaurar un estado nacional, que no sólo implicaba un sistema jurídico y la instauración de instituciones públicas, sino la realización de diversos proyectos para el aprovechamiento óptimo de las riquezas naturales que Humboldt describió.

<sup>4</sup> Clavijero, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, p. 422, Editorial Porrúa, México, 623 pp., 1991.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 518.

<sup>6</sup> Humboldt, Alejandro de, *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México, 696 pp., 1966.

Con ellas a cuestas y con un ciego optimismo la solución a todo tipo de males ya estaba prevista.

*Tadeo Ortiz de Ayala, José María Luis Mora y Lucas Alamán:  
la población y la riqueza natural de México*

Al igual que América, México se convirtió en término vago, como también la idea que se formó en España y en Europa de sus dilatados territorios. Su naturaleza, sus habitantes y el desproporcionado cortejo de imágenes y quimeras, suscitaron en la mentalidad europea desde las primeras épocas de la conquista la imagen de un país con una enorme riqueza.

Ese imaginario fue el escenario de viajes que la retroalimentaron a través del tiempo. Ya cerca de la independencia, unos viajeros, como Humboldt, lo habrían de describir como la escena de los más variados climas y las más desproporcionadas riquezas; para otros, como el suizo Henri de Saussure,<sup>7</sup> México fue un país bárbaro que el viajero alemán “con sus bellas descripciones” sólo provocó la alucinación y el engaño. Alucinación y engaño no solo para extranjeros ansiosos de hacer fortuna, sino también para los propios mexicanos que vieron en esas descripciones las vetas de inmensas riquezas en la naturaleza mexicana.

En tiempos de Humboldt, México era la posesión española más importante, tanto por sus riquezas territoriales como por lo favorable de su posición en el tablero de la geopolítica del momento. Sobresalía, en palabras del viajero alemán, “por su actual estado de civilización que es muy superior al que se observa en las demás posesiones españolas”.<sup>8</sup> Sin embargo, no calló cuando observó los enormes contrastes poniendo un énfasis en el peligro que tal cuestión representaba. México “es el país de las desigualdades. Acaso ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de fortunas, civilización, cultivo de la tierra y población” y agrega, dentro de ese crisol de contrastes, que “los indios mexicanos, considerándolos en masa, representan el espectáculo de la miseria” habitando “las tierras menos fértiles, indolentes por carácter y aún más por consecuencia de su situación política

<sup>7</sup> En Ichikawa Shin-ichi, *La Nueva España vista por los europeos —el caso de Alejandro de Humboldt y de Henri de Saussure—*, p. 8, 2002. Departmental Bulletin Paper, Institute for Mediterranean Studies Waseda University, Japón, 15 pp., <[http://www.waseda.jp/prj-med\\_inst/bulletin/bull01/01\\_04ich.pdf](http://www.waseda.jp/prj-med_inst/bulletin/bull01/01_04ich.pdf)>.

<sup>8</sup> Humboldt, *op. cit.*, p. 5.

viven sólo para salir del día”. Entre ellos, dice el Barón, no hay uno que goce de una “cierta medianía”.<sup>9</sup>

Las críticas mencionadas por el sabio prusiano no fueron atendidas por los gobernantes mexicanos y solo se retomó las alusiones a la enorme riqueza que narró. Tadeo Ortiz de Ayala fue un acérrimo liberal que describió con fervor las riquezas nacionales en dos sendas obras muy ligadas entre sí: *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano, 1822*<sup>10</sup> y *México considerado como nación independiente*.<sup>11</sup> En ambas se abriga “una intencionalidad pragmática doble; didáctica para la juventud y analítica práctica para los gobernantes” e igualmente quiere “hacer patente la realidad de México y trazar los rumbos de desarrollo que le sean dables”.

En el *Resumen de la estadística*, obra en la que se basa este trabajo, en México hay en esa época 8,400,000 habitantes en 4,000,000 de kilómetros cuadrados de superficie con una marcada desigualdad en la distribución de la población. Ortiz de Ayala destacó los grupos tradicionales de población que componían al joven país: españoles, criollos, mestizos, indios, mulatos y negros y sobre ello denunció el desnivel entre la minoría pudiente y la miseria de la mayoría.

Dice que dos terceras partes del “antiguo imperio de Anáhuac, engrandecido por los héroes castellanos del siglo XV”, pertenecen a la zona templada y del tercio de la tórrida las tres quintas partes gozan de un clima templado y “salutífero”. El país “ofrece de un golpe a pequeñas distancias todos los climas del globo, y por su configuración una naturaleza majestuosa, imponente y agradable, repartiendo con moderada intención, relativamente tres estaciones perpetuas”.<sup>12</sup> Los puntos insanos del país son reducidos y con el litoral no llegan a la vigésima parte del territorio cultivado, al tiempo que con los adelantos médicos se han “prevenido con más eficacia las enfermedades y los establecimientos de beneficencia y corrección”. Con todo, el jalisciense no escapó a los juicios emitidos por los ilustrados en cuanto a los climas sanos e insanos, para fortuna México tenía pocos de los segundos y predominaba el clima que aquellos consideraron como el óptimo para el progreso.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 68-69.

<sup>10</sup> Ortiz de Ayala, Tadeo, *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano, 1822*, p. XII, UNAM, 105 pp., 1991.

<sup>11</sup> Ortiz de Ayala, Tadeo, 1990, *México considerado como nación independiente y libre, o sea algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*, prólogo de Fernando Escalante Gonzalvo, México, Dirección General de Publicaciones del Conaculta, 1996.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 9-10.

Según don Tadeo, la naturaleza mexicana, ligada en este caso al suelo, al clima y al agua, permitiría mantener a 50 millones de habitantes,<sup>13</sup> pues la verdadera riqueza de este país no habría de sostenerse en la explotación metálica, “que influye poco en la prosperidad real de una nación”<sup>14</sup> sino en “los productos de la tierra, que es la base de la opulencia segura”. En el territorio hay cafetales, lino, cáñamo, algodón, cochinilla, grana, vainilla, azúcar, y abundan “las frutas tropicales y de las cuatro partes del mundo, que alternativamente se presentan en todas las estaciones”.<sup>15</sup>

Tadeo Ortiz de Ayala no se opuso al poblamiento africano o chino y no dedicó renglones de su obra a desvariar en contra de los indígenas mexicanos, pero no los propuso abiertamente para dar soluciones a la colonización que requería el inmenso país, como tampoco hay en su texto alguna referencia a la relación negativa entre el clima y los hombres, degenerando la calidad de éstos en relación con aquél, a la manera de los ilustrados franceses del XVIII. Quizá en eso radica la trascendencia de su obra, en tanto una elocuencia a las riquezas naturales con una población de más de 8 millones, de los cuales

...dos millones y medio son a poco más o menos de americanos españoles, de los que cien mil son europeos, 3 millones de mestizos, de los que como 300 mil descienden de África y 3 millones de indígenas”. Sobre los mulatos y zambos está seguro que son menos que en otras regiones de América del Sur y aunque “estas clases atravesadas se consideran más activas que la que resulta de españoles e indígenas, no por esto éstas son inferiores y conocidamente superiores en las calidades morales.

En su *Ideario Republicano*,<sup>16</sup> anexo a su *Resumen*, desarrolla un breve plan de colonización en el que no propone únicamente a la raza blanca como la solución al problema, para él se debe “excitar la emigración de China, la India y las Islas del Pacífico para colonizar el litoral, riberas y puertos del mar del Sur”; para el Atlántico México debe procurar población de “color y demás familiares sin propiedad de las Antillas y la Luisiana; estas clases recomendables por su energía y aún por su industria y civilización” y con “medios más prudentes” establecer relaciones con los naturales para poblar los distritos de Texas, Bravo, Apaches y Usumacinta, entre otros. Pero ante los climas y riquezas naturales del entonces imperio iturbidista y ante toda

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 61-87.



la gama de posibilidades para encaminarse a la modernidad, simplemente olvidó un asunto sustancial: las tierras de los indígenas, insertos en sus sólidas estructuras comunitarias, tendrían que desaparecer para poder integrar la ciudadanía.

Al respecto hay que recordar que estas herencias indígenas habrían de ser causa de debates en el pensamiento político y social mexicano, independientemente del credo político al que estuvieran adscritos. Los mexicanos iniciaron una vida independiente con rasgos segregacionistas entre las razas que lo poblaban. Los criollos, según ideas expuestas por Sánchez-Guillermo,<sup>17</sup> autores del proyecto emancipador, se sintieron amenazados por la casta más numerosa que pobló al antiguo virreinato y que ahora ocupaba, de acuerdo con el pensamiento fisiócrata, la verdadera riqueza nacional: los campos.

Indígenas y criollos no conformaron en esta etapa una meta en común; muy al contrario surgieron ideas y conceptos en pos de una pureza de sangre y de raza en donde el clima y los conceptos ilustrados de la degeneración tuvieron presencia. Todo se conformó en un discurso. Las élites criollas distinguieron al indio como alcohólico, perezoso o violento, y ese discurso lo supieron introducir a la literatura europea. El francés Pierre Charpenne, citado en el texto de Sánchez-Guillermo,<sup>18</sup> escribió en la década de 1830, que

cuando los indios tienen algún dinero producto de sus parcelas, lo emplean las más de las veces en embriagarse; son afortunados si les quedan fondos suficientes antes de partir, para regalar a su familia con un pequeño pan de trigo de seis cuartos, y fuerza bastante para regresar sin tropiezos a sus aldeas.

Los indios se transformaron en una carga para lograr la modernización y el desarrollo en la medida que no era posible su integración; al ser perezosos, no querían producir más que los alimentos básicos necesarios para ellos mismos y su comunidad, por lo mismo, no podían entrar en una economía de intercambios. Además, con su adicción al pulque y al aguardiente quitaban el excedente con el que hubieran podido comprar productos no locales y también crearse un patrimonio. O sea que la autarquía, contraria a una economía moderna de intercambio, era un elemento natural de la vida del indígena así como la supervivencia diaria.

<sup>17</sup> Sánchez-Guillermo, Evelyne, *op. cit.*

<sup>18</sup> *Ibidem.*

Sánchez-Guillermo<sup>19</sup> nos recuerda que la ciudadanía se relaciona con el patrimonio, pues para ser buen ciudadano era necesario ser también un pequeño propietario de bienes raíces y participar de ese modo en la producción y en la economía nacional, así fuera de forma modesta. La no integración del hombre indígena a la ciudadanía era pues, en el discurso criollo, la consecuencia de sus adicciones y de su desinterés natural para crearse un patrimonio. Igualmente el autor citado habla de que Justo Sierra, afirmó que “con esta alimentación puede el indio ser un buen sufridor, que es por donde el hombre se acerca más al animal doméstico; pero jamás un iniciador, es decir, un agente activo de civilización”. Más lejos, y como buen liberal, Sierra acusaba tanto al alcohol como a la religión de ser los dos vicios en que el indio gastaba lo poco que conseguía ganar: “El pulque, los aguardientes extraídos del maguey y los cirios para los santos, he aquí lo que tiene encadenado al indígena y aun al mestizo rural a un estado de inferioridad desesperante”. En suma, los indígenas eran un elemento de población, pero nunca fueron la parte activa de la política y a ese discurso recurrieron liberales como José María Luis Mora y el ideólogo del conservadurismo decimonónico mexicano: Lucas Alamán.

El doctor Mora nació en el centro de México hacia 1794. En palabras de Anne Staples,<sup>20</sup> Mora fue un hombre contradictorio; se crió entre mestizos, pero en su recuerdo parece que sólo hubo habitantes criollos o peninsulares y al parecer olvidó la cara del México rural. Estudió en el entonces oscuro, maloliente, frío y austero Colegio de San Ildefonso. Se autoexilió en 1834 y nunca regresó a su patria; de San Ildefonso se llevaría la tuberculosis que lo llevó a la muerte en París en el año de 1850.

Vivió en la capital francesa de forma precaria y para proporcionarse fondos escribió su *México y sus revoluciones* (París, 1836) y luego las *Obras sueltas* (París, 1837). La primera es sin duda la más importante, y en la que Mora si bien no trata el tema de la riqueza natural con la misma intensidad que lo hizo Ortiz de Ayala, sí comunicó vastamente el tema de la población. Reconoce sorpresiva y contundentemente que la

población blanca es con mucho exceso la dominante en el día, por el número de sus individuos, por su ilustración y riqueza, por el influjo exclusivo que ejerce en los negocios públicos y por lo ventajoso de su posición con respecto a las demás; en ella es donde se ha de buscar el carácter mexicano y ella es la

<sup>19</sup> *Ibidem.*

<sup>20</sup> Staples, Anne, “José María Luis Mora” en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, pp. 241-256, vol. III, UNAM, México, 468 pp., 2001.

que ha de fijar en todo el mundo el concepto que se deba formar de la República.<sup>21</sup>

Igualmente reconoce que los pobladores de México son resultado de una “mezcla complicadísima de naciones que por diversas e imprevistas circunstancias han venido de puntos muy distantes a morar juntos sobre la superficie del territorio mexicano”. Mora, para exponer su análisis sobre los rasgos distintivos del indio, parte de que existen ya observaciones por filósofos imparciales de que cada casta tiene una peculiar organización, misma que está en consonancia con su carácter e influye en el color de su piel, en sus fuerzas físicas y en sus facultades mentales e industriales. La misma Anne Staples<sup>22</sup> menciona que Mora define al indio como uno, con apariencias que lo definen por parejo, a todos; los engloba en un solo modelo, hasta en sus rasgos físicos. Les asigna a los indígenas ciertas características biológicas al tiempo que explica su abatimiento en términos de una educación y de una política gubernamental defectuosa, concluye diciendo que en tiempos del doctor Mora no se había acuñado el concepto, pero sí se le podría etiquetar de darwinista social.

El juicio de Mora sobre los indios es muy severo, para él, decir que después de la Independencia se les hace violencia y que padecen extorsiones sólo es propio de escritores ligeros que no han visto a México de muchos años a esta parte. Menciona que ponen precio a su trabajo, son admitidos en todas las casas de educación, más están acostumbrados a no tener necesidades, ni a procurarse sobrantes y a solicitar lo más preciso para satisfacer las de un pobre vestido y un miserable alimento y si llegan a obtenerlos con el trabajo de un día, descansan todo el resto de la semana.

Pero según Mora<sup>23</sup> los indios también están dotados de peculiares cualidades, aunque mencionadas con un tono que se convierten en argumentos en su contra. Señala que son constantes y resignados al “sufrir los trabajos que son consiguientes a su situación miserable”. Dice que “lo grave de sus penas, lo prolongado de sus sufrimientos, y la humildad de su carácter expresada del modo más tierno y penetrante, inspira por ellos los sentimientos más afectuosos y la más viva compasión”.

No tienen inventiva, sino que imitan y a costa de mucho trabajo el indio “logra dar algún orden a sus ideas y siempre las vierte mal” y la terquedad

<sup>21</sup> Lira, Andrés, *Espejo de discordias. La sociedad mexicana vista por Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán*, p. 82, SEP, México, 195 pp., 1984.

<sup>22</sup> Staples, Anne, *op. cit.*, p. 247.

<sup>23</sup> Lira, Andrés, *op. cit.*, pp. 78-79.

es uno de los rasgos que impedirán sus progresos. Carecen igualmente de una corpulencia especialmente para los trabajos del campo. Describe Mora que la tarea diaria de un indio es “muy inferior no sólo a la de un alemán, sino a la de las familias más débiles de la raza del Cáucaso” y algo contundentemente perjudicial para México en relación con el indio es que “la agricultura mexicana hará considerables progresos luego que acabe de salir de las manos del americano y pase a las del europeo”. El doctor Mora creyó, de acuerdo con Jaime Olveda<sup>24</sup> que solo con la colonización indiscriminada se podría redimir al indio y fusionarlo a la cultura occidental, al mismo tiempo que se lograría “blanquear” la población. No hay que olvidar que una de las preocupaciones fundamentales del teórico de los liberales fue la de fusionar “todas las razas y colores” mediante la recolonización de las áreas ya ocupadas, por lo sugería dar prioridad a los colonos blancos. El mal que representan los indios para encauzar a la República se solucionará con su desaparición y para ello se propone iniciar una colonización que represente la fusión de la masa en general, tarea que “no bastará un siglo para su total terminación”. Reclama a los gobiernos que apresuren la colonización, de tal forma que se torne de “primera importancia” pero admite que no hay que esperar nada de esto, siendo necesario aguardar del tiempo y de otra época más remota.

La colonización fue apreciada como una poderosa palanca capaz de promover el engrandecimiento de las naciones que, como México, por sí solas no podían desarrollar los elementos de prosperidad que encierran sus entrañas. Olveda<sup>25</sup> habla de un articulista del diario *El Universal* quien en 1849 lamentaba que la población mexicana además de escasa, estuviera esparcida en una enorme población, careciendo de cultura y educación. Tal artículo concluía diciendo que “nuestra desgracia ha consistido en que no pudimos como en el norte, hacer desaparecer la raza indígena; en que no tuvimos modelos europeos para manejar indios embarrancados en terrenos insalubres, como los tenemos para imitar costumbres”.

José María Luis Mora fue, en palabras de Andrés Lira,<sup>26</sup> un hombre quien se supo “probo y sensato”, que escribiría una historia contemporánea de su país, en tanto la “relación de las impresiones que sobre él han hecho las cosas y las personas” y ante el hecho de no aspirar a la imparcialidad, si

<sup>24</sup> Olveda, Jaime, “Proyectos de colonización en la primera mitad del siglo XIX”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XI, núm. 42, 1990, p. 36.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>26</sup> Lira, Andrés, *op. cit.*, p. 15.

anhela la “reputación de sincero” y de haber cumplido, “sino en cuanto debe, a lo menos en cuanto puede con su siglo y con la posteridad”.

Otro personaje que atendió el asunto que nos atañe fue Lucas Alamán, que como él mismo diría “figuró en los sucesos” de los primeros años de la historia nacional. Lucas Ignacio José Joaquín Pedro de Alcántara Juan Bautista Francisco de Paula Alamán y Escalada nació, al igual que el doctor Mora, en el estado de Guanajuato en el año de 1792. Miembro de una acomodada familia dedicada a la minería fue estudioso de las ciencias naturales como la mineralogía, química, botánica. En algún momento fue denunciado ante la inquisición por tener libros prohibidos; en 1814 viajó por España, Alemania, Francia, Italia e Inglaterra. Reorganizó el Archivo General de la Nación y el Museo Histórico Natural y en 1825 se dedicó a la minería y a la industria.

Para Alamán la historia corresponde a los grandes acontecimientos, y por lo mismo a los grandes hombres. Europa es la civilizadora, todo viene de ella: la religión, las costumbres, “hasta el chocolate, pues éste sin azúcar ni canela debía ser un muy desagradable brebaje”. Asimismo, los indios, con la guía de los misioneros eran inteligentes, capaces y perceptivos.

Pero también le otorga un valor importante a conformación física del país, pues tiene efecto en la trascendencia de los acontecimientos que desarrollará, así como para comprender la historia política y militar de México. En su *Historia de México*<sup>27</sup> hace una breve descripción física de la República destacando, entre otras cosas los rasgos del Istmo de Tehuantepec, en donde la cordillera llamada por él, de los Andes, se reduce a tan corta altura y espacio que hace practicable en aquel punto la comunicación entre ambos océanos. Escribe que la estructura particular del país produce una gran variedad de climas y de frutos, así como en la diversidad de castas que forman su población y en sus usos, costumbres, buenas y malas calidades, tanto físicas como morales.

Menciona que antes de la Conquista el país se poblaba de diversas naciones indígenas y al momento de ella, se introdujeron dos nuevos elementos: los españoles y los negros. Se distinguieron al poco tiempo los españoles nacidos en Europa y los blancos naturales de América, llamados *criollos*. Toda una variada nomenclatura de población se comprendió con el nombre de *castas*.

<sup>27</sup> Alamán, Lucas, *Historia de Méjico. Desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año 1808, hasta la época presente*, México, Editorial Jus, 5 tomos, 1946.

Como un ferviente admirador del orden, consideraba a la severa disciplina como uno de los valores que habrían de cultivarse para el engrandecimiento de fortunas y prosperidad. La educación eclesiástica, tan demandada en la época, constituyó una educación viciada, que junto con la abogacía, sólo dejaban ociosidad y una soltura perjudicial a sus costumbres.

Al contrario de lo que establece Mora, la población blanca, según Alamán, nunca llegó a ser la quinta parte de la población del virreinato, misma que se distribuía por mitad entre los indios y las castas, de tal forma que para 1808, de los 6,000,000 de habitantes, 1,200,000 eran de raza española; 70,000 españoles europeos; 2,400,000 indios y otros tantos de castas.

En su *Historia de México*<sup>28</sup> advierte que la población mexicana se componía de tres principales razas: la española, dividida en dos ramas, europea y americana, los indios y las castas y se ha pretendido “desaparecer estas distinciones, pero poco pueden las leyes de los hombres, contra las de la naturaleza y contra el influjo de costumbres y preocupaciones inveteradas”. Los indios y las castas “se han conservado distintas y separadas, difiriendo entre sí en idioma, traje, ocupaciones, alimentos y género de vida”.

Lo que Alamán denomina “raza española, por efecto de la persecución de que fue objeto la parte europea, ha quedado reducida á la americana”, más el efecto de la desaparición de esta raza pronto se observó, pues si bien “los americanos habían podido destruir a sus rivales, no podían llenar el hueco que la ruina de estos había dejado”; tan desastrosa fue la medida, refiriéndose a la expulsión de 1827, que

el servicio de las oficinas se resintió y el desorden ha progresado en ellas, á medida que han ido faltando los individuos formados en la antigua escuela: el comercio ha pasado á los extranjeros, y las haciendas de tierra caliente, así como los escritorios de las casas aun de los acaudalados mejicanos, han vuelto á llenarse de dependientes españoles, luego que se les ha abierto la puerta del país: en el ejército sobre todo, se ha hecho mas notable la falta de los jefes y oficiales de aquel origen, siendo esta una de las causas de que ha procedido su decadencia, y por la que han sido vueltos á emplear los que quedaban de los que fueron destituidos.<sup>29</sup>

Para llenar este vacío y aumentar la raza blanca, Alamán promueve “el establecimiento de extranjeros de todas las naciones católicas”. Aclara que debe distinguirse esta introducción de la que “ha tenido efecto en los

<sup>28</sup> *Ibidem*, tomo V, p. 551.

<sup>29</sup> *Ibidem*, tomo V, p. 552.

terrenos despoblados, á que se ha dado especialmente el nombre de colonización” y otra que se “ha hecho en la parte poblada”. La primera, la denominada colonización, “ha tenido las tristes consecuencias que hemos visto, siendo ella la causa de la pérdida de tan gran porción de territorio, y es muy de temer que siempre que se intente con los mismos elementos, ó que no se pueda impedir, traiga consigo en iguales circunstancias los propios resultados”.<sup>30</sup>

En cuanto a los extranjeros establecidos en la parte ya poblada, “los efectos han variado según el carácter peculiar de las naciones á que pertenecen”. Así, los ingleses “acostumbrados á girar con grandes capitales, emprendieron el laborío de las minas; intentaron formar establecimientos rústicos comprando haciendas, lo que se les impidió por una ley imprudente, por la que se declaró que los extranjeros no podían adquirir propiedades raíces”, en el comercio establecieron almacenes para el giro por mayor. Los alemanes y los norteamericanos, establecidos casi solo en la capital y puertos de mar, hacen lo mismo, no quedando más que los españoles y los franceses que siguen diversos caminos.

Los españoles, dice Alamán, aventajan por el idioma, la semejanza de costumbres y los antiguos recuerdos y relaciones, y por ello han vuelto “a ocupar todos los giros, y el pueblo, no pudiéndose acostumbrar todavía á mirarlos como extranjeros, olvidado ya casi el nombre de gachupines, los separa de todas las demás naciones, sin acabar de fijar en su espíritu la clase en que debe colocarlos”.

Dice que los franceses, aprenden “prontamente el idioma, familiarizándose con todas las clases de la sociedad”, son “fáciles de carácter, censurando y ridiculizando todo lo que no es francés, pero acomodándose sin repugnancia á todo lo del país”, y son “la nación que más simpatiza con los mejicanos, y la que ejerciendo todas las profesiones, ha causado un adelanto inmenso en todas las artes mecánicas”.<sup>31</sup> Pero la colonización interior, tiene graves inconvenientes, pues encontrando grandes ventajas en conservar el carácter de extranjero los exime de préstamos forzosos, del servicio militar y se constituyen en colonias independientes, rara vez se naturalizan, reconociendo cada una por jefe a su ministro, a su embajador, sin ajustarse a las leyes mejicanas y con tal protección suelen ser demasiado exigentes e importunos, abrumando al gobierno con reclamaciones no pocas veces injustas.<sup>32</sup>

<sup>30</sup> *Ibidem*, tomo V, p. 552.

<sup>31</sup> *Ibidem*, tomo V, p. 553.

<sup>32</sup> *Ibidem*, tomo V, pp. 553 y 554.

Debido una viciosa educación o por influjo del clima que inclina al abandono y a la molicie, los criollos eran generalmente desidiosos y descuidados: de ingenio agudo, pero que pocas veces se acompañaba del juicio y la reflexión; emprendedores y poco prevenidos en los medios de ejecutar se entregaban con ardor a lo presente atendiendo poco a lo venidero, son pródigos en la buena fortuna y pacientes y sufridos en la adversa. El efecto de estas funestas propensiones era la corta duración de las fortunas, y el empeño de los europeos en trabajar para formarlas y dejarlas a sus hijos, pudiera compararse al túnel sin fondo que por más que se le echara, nunca llegaba a colmarse.

De aquí resultaba que, de acuerdo con las ideas de Alamán, la raza española en América necesitaba para permanecer en prosperidad y opulencia, una refacción continua de españoles europeos, de tal manera que vinieran a formar nuevas familias, a medida que las formadas por sus predecesores, caían en el olvido y la indigencia.

En cuanto a los indios, éstos vivían en poblaciones separadas de los españoles, gobernados por sí mismos, formando municipalidades que se llamaban repúblicas, y conservaban sus idiomas y trajes peculiares. Se ocupaban especialmente de la labranza, ya como jornaleros en las fincas de los españoles, ya cultivando las tierras propias de sus pueblos, que se les repartían en pequeñas porciones, por una moderada renta que se invertía en los gastos de la iglesia y otros de utilidad general, cuyo sobrante se depositaba en las cajas de comunidad. Todo esto hacía que fueran una nación enteramente separada a tal grado que ellos se consideraban como extranjeros a todo lo que no era a su manera y no obstante sus privilegios, eran vejados por todas las demás clases, y a todas las miraban con odio y desconfianza. En cuanto a los vicios propios de la ignorancia y el abatimiento, los indios propendían excesivamente al robo y a la embriaguez; se les tachaba de falsos, crueles y vengativos; por el contrario, se recomendaba su frugalidad, su sufrimiento y todas las demás calidades que pudieran calificarse de resignación.<sup>33</sup> En los mulatos, estos mismos vicios tomaban otro carácter, por la mayor energía de su alma y vigor de su cuerpo. Lo que en el indio era falsedad, en el mulato venía a ser audacia y atrevimiento; el robo, que el primero ejercía oculta y solapadamente, lo practicaba el segundo en cuadrillas y atacando a mano armada al comerciante en el camino; la venganza, que en aquel solía ser un asesinato atroz y alevoso, era en éste un combate, en que más de una vez perecían los dos contendientes.

<sup>33</sup> *Ibidem*, tomo I, p. 26.



Por su parte, los mestizos, como descendientes de españoles, debían tener los mismos derechos que ellos, pero se confundían en la clase general de castas. De éstas, las derivadas de sangre africana eran reputadas infames de derecho, y todavía más, por la preocupación general que en contra de ellas prevalecía. En palabras de Alamán, los individuos que componían esta casta, no podían obtener empleos; y aunque las leyes no lo impedían, no eran admitidos en ejercicio de las órdenes sagradas. Se le prohibía tener armas, y a sus mujeres de esta clase el uso del oro, sedas, mantos y perlas. Los hombres de estas castas eran la parte más útil de la población; endurecidos por el trabajo de las minas, ejercitados en el manejo del caballo, eran los que proveían de soldados al ejército, no solo en los cuerpos que se componían exclusivamente de ellos, como los de pardos y morenos de las costas, sino también a los de línea y milicias disciplinadas del interior, aunque estos según las leyes debiesen componerse de la raza española. De estas castas también salían los criados de confianza en el campo y aun en las ciudades. Teniendo mucha facilidad de comprensión, ejercían todos los oficios y las artes mecánicas y puede decirse, que ellos eran los brazos que se empleaban en todo. Careciendo de toda instrucción, estaban sujetos a grandes defectos y vicios, pues con ánimos despiertos y cuerpos vigorosos, eran susceptibles de todo lo malo y todo lo bueno.<sup>34</sup>

Como las castas eran las que formaban la plebe de las grandes ciudades, que en tiempos anteriores era esclava y dedicada al servicio doméstico, los vicios que les eran propios se echaban de ver en ella en toda su extensión. Uno de los virreyes más ilustrados, el duque de Linares<sup>35</sup> en la instrucción que otorga a su sucesor el marqués de Valero, al entregarle el mando en el año de 1716, describe a esa población en los términos siguientes.

Despiertan ó amanecen sin saber lo que han de comer aquel día, porque lo que han adquirido en el antecedente, ya á la noche quedó en la casa del juego o de la amiga, y no queriendo trabajar, usan de la voz de que Dios no falta a nadie, y esto es porque recíprocamente, los que actualmente se hallan acomodados con amos, en su temporada, por obra de caridad, alimentan a los que pueden; con una jícara de chocolate y unas tortillas les es bastante, y así cuando éstos se desacomodan y se acomodan los otros, va corriendo la providencia, de donde se origina que como en México se halla la abundancia de la riqueza, se atrae a sí la multiplicidad, y deja los reales de minas y lo interno del país sin gente, y cuando hacen algún delito, no arriesgan en

<sup>34</sup> *Ibidem*, tomo I, p. 17.

<sup>35</sup> *Ibidem*, tomo I, p. 27.

mudarse de un lugar a otro, mas que el cansancio del camino, porque todos sus bienes los llevan consigo en sus habilidades, pues aun las camas encuentran hechas en cualquiera parte que se paran, en medio de que en México, basta el mudarse de un barrio á otro, para estar bien escondido.<sup>36</sup>

En un afán por encuadrar a la población en un marco geográfico, señala Alamán que su distribución dependía de la herencia anterior a la conquista, así como del progreso sucesivo de los establecimientos españoles, del clima y del género de industria propia de cada localidad. De acuerdo con su análisis la población indígena predomina en las intendencias meridionales como México, Puebla, Oaxaca, Veracruz y Michoacán. En los climas cálidos, en la costas de uno y otro mar, sitios en los cuales se produce la caña de azúcar y frutos tropicales, abundan los negros y, aún más, los mulatos y otras mezclas de origen africano. Por su parte, los españoles europeos, al igual que los criollos, residían en la capital, en Veracruz y en las poblaciones principales de las provincias.

En lo que parece una alusión a la Texas mexicana y a la esclavitud llevada a cabo en su territorio a pesar de su abolición en México, el aristócrata autor advierte que sin la casta africana, los terrenos meridionales a los Estados Unidos no podrán nunca poblarse ni hacerse productivos, por lo que señala que “no es de creer que atiendan a los intereses de la humanidad sobre los pecuniarios, hasta el punto de renunciar al inmenso producto que pueden sacar de unos países que son inútiles sin el auxilio de la esclavitud”.

Alamán se pregunta sobre los remedios que se pueden establecer para los males de la nación. Escribe que todos los caminos se han probado y por ninguno se ha conseguido mejorar la condición. Esta nación, continúa, “que se nos representaba opulentísima y la más rica del Universo, es muy pobre y no puede soportar sus gastos”, ante ello se debe entender que “si las ideas de extraordinaria riqueza eran exageradas, no lo son menos las contrarias que ahora se hacen valer, y que como la experiencia ha demostrado, en tiempos en que la administración ha sido bien entendida y pura, las rentas han sobrado para todo lo que puede requerir la situación del país”.

Con una riqueza agrícola, minera y fabril, con un pueblo dócil y bien inclinado, exhorta a encontrar los motivos que impiden lograr la prosperidad. Pide examinar en la historia las causas de nuestros errores, para de esta manera conducirnos mejor. Una de las medidas necesarias que propone es la correcta administración del territorio; indica que el “provincialismo” debe producir buen resultado en tanto que se administre con cuidado los

<sup>36</sup> *Ibidem*, tomo I, p. 27.

intereses de cada población y de cada Estado, de tal forma que si se “dividiesen ahora los actuales Estados, en tantos cuantos son los departamentos o distritos que los componen, se haría una cosa muy bien recibida por todos estos departamentos” lo que permitiría “salir de todas las facultades en que la nación se halla, estableciéndose en ella un orden sencillo, simétrico, uniforme y poco costoso en todas sus partes”.

Aclara el historiador que cada caso sería diferente, pero es necesario considerar la extensión y el número de habitantes, sin dejar de considerar “alguna parte de unos para agregarla a los otros” de tal forma que se realice en igualdad necesaria. Asegura que una vez que se lleve a cabo la división, “todas las funciones gubernativas son ya una consecuencia fácil y natural de él”.

### *Consideraciones finales*

De acuerdo con lo expuesto, en el México recién independizado las perspectivas para su modernidad y desarrollo giraron en torno a las riquezas naturales del inmenso territorio. Sin embargo la explotación de esas riquezas encontraba particulares situaciones relacionadas con las castas que integraban a la población mexicana. Los criollos, el grupo que elaboró el proyecto del estado mexicano pronto se dio cuenta de que el país tenía dos graves problemas: por un lado, los indígenas significaron el impedimento para lograr la modernidad deseada, pues su historia, los vicios que le fueron achacados, así como sus rasgos físicos se convirtieron en argumentos para procurar su exterminio.

La riqueza descrita por Humboldt representó la posibilidad de tomar la senda de un promisorio futuro marcado por las ideas de la ilustración que definían esa ruta con el estigma del progreso. Pero en ese esquema, el pasado, la historia de la nueva Nación de interponía con rasgos tan fuertes que era imposible eliminarlos de tajo. El pasado estaba marcado por el indígena y en lo que éste representaba. Se propuso la colonización con blancos negando la presencia de los indios; se propuso igualmente el esquema liberal con sustento en la pequeña propiedad, y se desconoció la propiedad comunal. Grandes extensiones de territorio carecían de los habitantes necesarios en número para lograr una adecuada explotación, por lo que una posible solución a ese despoblamiento era traer gente de otros países, pero nunca se consideró a peones o a indios mexicanos que poblaban extensiones considerables del país.

Al terminar su *Ensayo* declara algo que nunca se hizo en el país de los contrastes, esperando que su trabajo, iniciado “en la capital de la Nueva

España, pueda ser de alguna utilidad a los que la suerte destina a valer por la prosperidad pública! Ojalá, sobre todo, que llegase a persuadirles de una verdad importante, a saber: que el bienestar de los blancos está íntimamente enlazado con el de la raza bronceada” y que esta raza, “humillada pero no envilecida en medio de su larga opresión, llegue a participar de todos los beneficios que son consiguientes a los progresos de la civilización y de las mejoras del orden social”

En este contexto, Alamán propone que los males del país no solo están en relación con el poblamiento, sino de una incorrecta administración, misma que se extendió al territorio mexicano.

### *Bibliografía*

- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico. Desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año 1808, hasta la época presente*, Editorial Jus, México, 5 tomos, 1946.
- Brading, David, “Darwinismo social e idealismo romántico. Andrés Molina Enríquez y José Vasconcelos en la Revolución mexicana”, núm. 109, diciembre, *Vuelta*, México, 1985.
- Clavijero, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*, Editorial Porrúa, México, 1991, 623 pp.
- Covarrubias, José E., “Alexander de Humboldt”, en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, UNAM, México, 2001, pp. 35-62,
- , “Tadeo Ortiz de Ayala”, en Virginia Guedea (coord.) *El surgimiento de la historiografía nacional*, UNAM, México, pp. 257-276, 2001.
- Gerbi, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, Fondo de Cultura Económica, México, 562 pp., 1978.
- , *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, 884 pp.
- Glacken, Clarence J., *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la antigüedad hasta finales del siglo XVIII*, Ediciones El Serbal, Barcelona, 730 pp., 1996.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México, pp. 696, 1966.
- Lira, Andrés, *Espejo de discordias. La sociedad mexicana vista por Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán*, SEP, México, 195 pp., 1984.

- Ichikawa Shin-ichi, *La Nueva España vista por los europeos —el caso de Alejandro de Humboldt y de Henri de Saussure*, <[http://www.waseda.jp/prj-med\\_inst/bulletin/bull01/01\\_04ich.pdf](http://www.waseda.jp/prj-med_inst/bulletin/bull01/01_04ich.pdf)>.
- Olveda, Jaime, “Proyectos de colonización en la primera mitad del siglo XIX”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, El Colegio de Michoacán, vol. XI, núm. 42, 1990, pp. 23-47.
- Ortiz de Ayala, Tadeo, *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano, 1822*, UNAM, México, 1991, 105 pp.
- , *México considerado como nación independiente y libre, o sea algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*, Conaculta, México, 1996, 376 pp.
- Plascencia de la Parra, Enrique, “Lucas Alamán”, en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, UNAM, México, pp. 307-348, 2001.
- Rubial, Antonio, *La ciudad de México en el siglo XVIII (1690-1780). Tres crónicas: Agustín de Betancourt, Juan Manuel de San Vicente y Juan de Viera*, Conaculta, México, 302 pp., 1990.
- Sánchez-Guillermo, Evelyne, “Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], Debates, puesto en línea el 30 enero 2007, consultado el 14 febrero 2013. <URL: <http://nuevomundo.revues.org/3528>; DOI: 10.4000/nuevomundo.3528>.
- Staples, Anne, “José María Luis Mora”, en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, UNAM, México, 2001, pp. 241-256.
- Yagüe Bosch, Javier, *Aspectos de la visión de América en los ilustrados*, Barcelona, CAUCE, núms. 14-15, 1983.
- Zermeño-Padilla, Guillermo, “Del mestizo al mestizaje: arqueología de un concepto”, *Mem. Soc.*, núm. 12 (24), enero-junio, Bogotá, Colombia, 2008, pp. 79-95.



# NOTAS NECROLÓGICAS

